

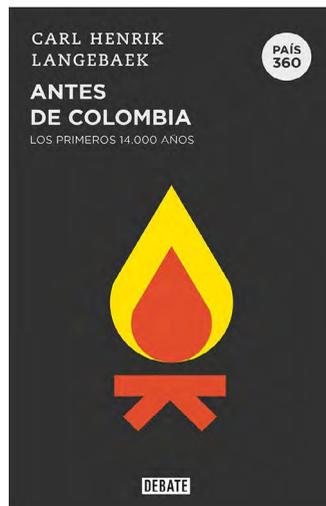


R e s e ñ a

¿Cuestión de tono?¹ Reseña del libro *Antes de Colombia. Los primeros 14.000 años*, de Carl Henrik Langebaek

Sofía Botero Páez

Profesora. Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Colombia. Dirección electrónica:
sofia.botero@udea.edu.co



- 1 El tono es la sensación auditiva o el atributo psicológico de los sonidos que los caracteriza más agudos o más graves, en función de la propiedad física llamada frecuencia. Definición tomada de [En línea:] [https://es.wikipedia.org/wiki/Tono_\(ac%C3%BAstica\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Tono_(ac%C3%BAstica)).



Hay dos cosas de las que no puede escapar la arqueología: la teoría y la política
(Langeback, 2021: 20).²

No son pocas las razones que hacen de este libro una lectura obligada. La primera, sin duda, es el tiempo transcurrido desde que se publicó una síntesis con similar intencionalidad y envergadura (Reichel-Dolmatoff, 1978, 1986). Aquí nuevamente se pretende ofrecer la arqueología al alcance de todo tipo de públicos. En la introducción, “Unas palabras antes de comenzar” (pp. 13-53), muy rápidamente se hace evidente que el autor busca establecer una conversación entre amigos, en la que la franqueza y el humor le permiten no solo presentar su trabajo y los alcances de la disciplina, sino reconocer “Nuestros prejuicios” —que no son pocos— (pp. 25-32). Al tiempo que logra desenredarse de sutilezas teóricas, reconocer y eliminar tecnicismos y protocolos de orden estrictamente academicista, ofrece a los especialistas información actualizada; lanza críticas mordaces, evidencia y cae en flagrantes contradicciones.

En términos metodológicos advierte que no solo quiere hacer descripciones del pasado, sino que también le interesa “confrontarlo permanentemente con el presente y, en especial, con los procesos ocurridos en el Viejo Mundo” (p. 15), por ejemplo: “Cuando el norte de Suramérica entró en contacto con Europa, dolorosamente y con consecuencias imprevistas incluso por los propios conquistadores, este Nuevo Mundo rompió su aislamiento milenario y entró de lleno en la globalización” (pp. 17-18). Es enfático al afirmar que “el trabajo del arqueólogo es entender el cambio social”, por ello analiza con detalle las características de su *naturaleza* (pp. 33-53).

La base teórica que guía al autor, si bien no se presenta explícitamente, es posible descifrarla en el índice del libro, donde se asume que el proceso de los cazadores y recolectores debe conducir al surgimiento de la agricultura. Por tratarse de una tecnología que garantiza la posibilidad de vivir de forma permanente en grandes aldeas, pueblos o ciudades, se llega a la conformación de sociedades complejas —jerarquizadas, desiguales—, en las que se reconoce la existencia de personas —en este caso llamadas caciques— que, a expensas de la mayoría, se dedican a acumular riquezas para aumentar su prestigio. Para desarrollar esto, Carl Henrik Langebaek se concentra en dos grandes escenarios geográficos y sociales ampliamente documentados: la cuenca del Amazonas y el Altiplano Cundiboyacense.

Del interés del autor por los asuntos teóricos y de su tenaz postura crítica frente a las formas en las que se ha desarrollado la arqueología en Colombia dan cuenta numerosos artículos y cuatro grandes síntesis, que preceden y nutren el libro que aquí se reseña. En la primera, *Mercados, poblamientos e integración étnica entre los Muisca. Siglo XVI* (publicada en 1987), Langebaek transcribe y sintetiza gran cantidad de información procedente de las crónicas de conquista y de documentos de

2 El número de página que aquí se usa corresponde a la versión impresa.

archivo que le permiten identificar los productos, las rutas y centros de intercambio en las altiplanicies frías y en los valles templados de la Cordillera Oriental; este trabajo le permitió proponer una conclusión difícil de descifrar: “Para los muiscas, [...] el intercambio fomentaba un proceso de integración étnica [pero] no resultaba importante con fines de sobrevivencia física” (1987: 151).

En la segunda síntesis, *Noticias de caciques muy mayores: Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y el norte de Venezuela* (publicada en 1992 y reeditada en 1996), retoma los datos de la primera, agrega información hasta el siglo xviii y se concentra en presentar con detalle los paradigmas teóricos que sustentan su investigación. El autor confirma sus primeras conclusiones: no hay evidencia de sociedades complejas, y la circulación en este amplio territorio se realizaba en “distancias cortas” y con “pocos artículos”. Además, concluye que “Ninguna fórmula elemental parece capaz de dar respuesta a los interrogantes planteados de manera completamente satisfactoria” (1992: 211; 1996: 184); hacerlo es una tarea que, en el futuro, le corresponde a la arqueología.

La tercera gran síntesis, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión* (publicada en 2003), la dedicó a presentar, a grandes rasgos, las ideas que suscitó la pregunta sobre el origen y la evolución social de la población del continente americano. No podía de ser de otra manera: se usan como modelo-espejo las historias, las creencias y la alfabetización que tenían cada uno de los europeos recién llegados, y, por supuesto, también la interpretación sobre el estado de evolución de las sociedades sobrevivientes, a las que obligaron y obligan las ideas evolucionistas, plenamente en boga desde que se publicaron las conclusiones de Darwin.

El peso y la visibilidad que tiene el trabajo de Gerardo Reichel-Dolmatoff en esta historia fueron analizados y criticados, en términos metodológicos y teóricos, en el apartado titulado “La analogía etnográfica, el difusionismo y la ecología”, y los elementos centrales de lo que Langebaek considera como legado se presentaron con un toque de ironía:

La obra de Reichel-Dolmatoff determinó el curso de la arqueología en buena parte de la segunda mitad del siglo xx. Sus planteamientos sobre el ecologismo nativo sirvieron de inspiración para muchos de los arqueólogos que, si bien no estaban interesados en el trabajo de campo, laboraban en museos. Otros, los que tuvieron mayor inclinación por la investigación arqueológica, empezaron a interesarse por sus planteamientos evolucionistas (Langebaek, 2003: 193).

La crítica a este tipo de “ecologismo” la retoma en 2005, 2010 y 2017, bajo la idea de la “invención del indio ecológico”, por considerarlo inexistente en la realidad:

Lo que a la larga sorprende no son tanto las ideas conservadoras de Reichel sino el grado de conservadurismo de la sociedad que recibió su obra, la amplificó y la llevó a extremos casi

ridículos, mezcla de nacionalismo, purezas y virtudes de pueblos que deberían dar escalofríos pero que son recibidos por el amplio auditorio con beneplácito (Langebaek, 2017: 31).

En la cuarta síntesis, *Los muisca. La historia milenaria de un pueblo chibcha* (publicada en 2019), si bien los resultados de la arqueología realizada hasta el momento no le permiten reevaluar las hipótesis ni los datos analizados con anterioridad, es claro que forman la base sobre la que piensa lo ocurrido aquí durante los últimos 14.000 años:

El problema de utilizar palabras indígenas para describir comportamientos sociales es que en *verdad* la forma como el concepto describe la realidad concreta pasa por el mundo de la *imaginación*, no de la *evidencia*. Ningún término traduce una forma particular de organización política, ni muestra que una práctica —cualquiera que sea— esté o no al servicio de una élite (Langebaek, 2019: 155).³

La conclusión anterior a la que llega el autor repercute de distintas maneras a lo largo del libro *Antes de Colombia*. Esta imposibilidad tan tajantemente señalada, sobre la que no ofrece expresamente formas de solución, límites o contextos, por defecto, entre muchas otras cosas, excluye la posibilidad de la existencia de una conciencia histórica y cultural distinta a la que él mismo promulga. Oxímoron por excelencia, al que se añade el uso reiterado de comillas y palabras que denotan ironía y ambigüedad.⁴ La palabra *pero* aparece en el libro *Los muisca* 290 veces, utilizada como conjunción adversativa, es decir como “enlace que une dos oraciones o sintagmas cuyos significados se contraponen, se restringen o se limitan”.⁵ En *Antes de Colombia* aparece 200 veces más: 490. A las que se suman las entradas que comienzan con: *no obstante*, usada 80 veces; *sin embargo*, 67; *relativamente*, 63; *por cierto* (como advertencia), 31 veces; *aparentemente*, 18; *supuestamente*, 16; *creen* y *creencias*, 16; *lamentable* y *lamentablemente*, 16; *error*, 9; *comprobar*, 3; *comprobado*, 2, y *moraleja*, 2. La palabra *realidad* aparece mencionada 39 veces, asociada a asuntos que el autor pareciera descubrir, y que por ello resultan ¿imposibles de contradecir? Más allá de la intención retórica, esta forma de escritura impone un tono, ¿ruido?, que hace difícil encontrar y entender el peso específico, el alcance y la intencionalidad de muchas de las afirmaciones y de las conclusiones que presenta el autor.

3 La cursiva es mía.

4 Sigo a Burke (2014) y retomo su propuesta de entender el uso simbólico del lenguaje y sus “extensiones significativas”: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía, las cuales se usan retóricamente como instrumentos de la persuasión.

5 Definición tomada de [En línea:] <https://www.wordreference.com/definicion/pero>. La búsqueda de palabras clave se realizó sobre la versión digital, la cifra no incluye las referencias bibliográficas.

En la presentación detallada que hace de “El medio ambiente tropical” (2021: 55-72) logra delinear el más complejo problema que afronta la práctica de la arqueología en el norte suramericano: un marco geográfico con múltiples y cercanas variaciones ecosistémicas, prácticamente imposibles de incluir en categorías con las que se ha pretendido, sobre todo, entender los problemas que debieron afrontar los “Primeros pobladores” (pp. 73-172); su conclusión al respecto muy seguramente dará de qué hablar a los estudiosos más directamente interesados, pero quizás no sea evidente para quienes no estén familiarizados con los matices de la discusión: “Para resumir el tema en pocas palabras diría lo siguiente: lo primero es que los cazadores-recolectores fueron, en la mayor parte de los casos, especialistas en no especializarse” (p. 132).

Buscar denodadamente aquí lo que sucedió allá le lleva a establecer un cúmulo de asociaciones que, al ser presentadas en contrapunto, dificultan enormemente esclarecer el tipo de análisis que hace el autor. En 74 ocasiones propone al *Viejo Mundo* como referente, y es allí donde se pueden encontrar “lecciones” importantes: “al menos sobre cómo ocurrieron las cosas y por qué no lo hicieron de acuerdo con lo que nosotros solemos creer” (pp. 17-18). Las observaciones directas realizadas entre los nukak y los andoque le permiten ejemplificar la forma en que se presenta el problema. Aquí la introducción de elementos técnicos más eficientes, las hachas de hierro, por ejemplo, que aún las usaban los indígenas en pleno siglo xx de una forma completamente inesperada: “El premio hubiera sido para quien produjera más, no para quien se hubiera colgado orgullosamente en el cuello el objeto interesante que había conseguido de extraños” (p. 52). La temprana cronología, a la que se asocia la cerámica en la costa Caribe y en el Macizo Central antioqueño, tampoco permite relacionarla con procesos de sedentarización. “La historia de la alfarería quizá tuvo ciertas similitudes con el caso de las hachas de hierro entre los andoques que expliqué al comienzo de este libro” (p. 164).

La agricultura, y más aún *La agricultura intensiva* (pp. 173-305), es un tema que aborda el autor desde distintas perspectivas, algunas muy críticas frente a la forma en que se ha analizado el tema en Colombia, señalando una dificultad fundamental: “solemos confundir tres cosas que son distintas y que, por lo tanto, vale la pena diferenciar: *domesticación*, *cultivo* y *agricultura* propiamente dicha” (p. 175). Los múltiples elementos con los que el autor pretende aclarar y resolver el problema permitirán, sin duda, revisar en el futuro el estado de la discusión teórica. Por el momento es claro que, aquí, los cazadores recolectores manejaron las plantas y usaron el fuego para abrir claros en la selva; lo que Langebaek discute es la eficiencia e intensidad de tales prácticas, y los resultados que tuvieron en la evolución social. Asimismo, cuestiona la creación de sistemas de manejo de suelos —mediante acumulación controlada y transporte de agua y sedimentos—, incluso en áreas donde su realización implicó transformar drásticamente la oferta natural. Con subtítulos que no aparecen en el índice se presentan sitios con evidencias de un

uso intensivo y extensivo, asociados de forma indiscutible a tiempos prehispánicos: “Ejemplo 1. Camellones en el San Jorge”, “Ejemplo 2. Camellones en el Casanare” y “Ejemplo 3. Tierras Negras Amazónicas”. Este asunto se ilustra con dos mapas, uno en el que se señalan los lugares en donde se han encontrado camellones: Bajo río San Jorge; Urabá; sabana de Bogotá; Piedemonte llanero y Llanos; Calima, y Tumaco. El segundo presenta las “Áreas con tierras negras en la Amazonia” con cuatro sitios: Angosturas i; Araracuara; La Pedrera y La Paya. De nuevo se agradece la actualidad y la cantidad de datos que proporciona el autor, y es aquí donde es posible entender cómo es que “el simple uso de una calculadora” (p. 23) permite aclarar y cuestionar paradigmas que, en últimas, no son posibles de asociar, de ninguna manera, a lo que sucedió en el “viejo mundo”, es decir, no dieron como resultado el surgimiento de ciudades ni de grandes aldeas, y en donde ni siquiera es posible identificar que se hubieran construido espacios (centros) para la realización de festejos, ¿a manera de potlatch?, en los que se expresara una jerarquización social distinta a la que tuvieron los cazadores recolectores.

No podría ser de otra manera, el primer ejemplo a revisar son los camellones de la depresión momposina, como su nombre lo indica se trata de una zona que en condiciones naturales sería, si no imposible, sí muy difícil su aprovechamiento con fines agrícolas. Luego de más de 20 años de investigación se llegó a la conclusión de que la extensión del área inundable, en la que se construyeron camellones, alcanzó las 600.000 hectáreas. Sin embargo, distintos tipos de información le permiten a Langebaek presentar su posición controversial:

Por cierto, el sistema de camellones se mantuvo supuestamente de forma continua a lo largo de 2.000 años, cuando en ese lapso hubo épocas húmedas y secas. En particular, se puede mencionar que hubo un periodo seco muy anterior al abandono del sistema de camellones, hace 1.350 años, y no se presentó la misma respuesta: la gente no se fue (p. 203).

Aceptando como ciertos los implícitos de la cifra que declara la cantidad de sedimentos que una persona puede mover durante un *día de trabajo* —2,6 m³—, el estimado de la población participante en el proceso depende del número de trabajadores que se consideren —desde 1 hasta 100.000— y del número de años dedicados a ello. La conclusión parece tan poco satisfactoria como irrefutable: “incluso si se trató de mucha gente, no necesariamente esto se tradujo en una gran jerarquización social” (pp. 204-205). “Lo que se ha descubierto es que la variedad de plantas cultivadas fue enorme y que probablemente se trató de un sistema de huertas de pancoger que estaba destinado a unidades domésticas, no a alimentar gente en enormes aldeas” (p. 206).

El tamaño de las áreas en las que se han identificado camellones localizados en la sabana de Bogotá y en el Piedemonte llanero se encuentra alterado en *áreas* mucho menores. El autor además resalta que

Los camellones del Casanare no cubrieron un área contigua. Más bien corresponden a claros, tal vez no muy extensos, que se sembraban separados de bosques, lo cual ayudaba a mantener su productividad por más tiempo. Parece que las actividades ceremoniales se incrementaron con el tiempo, pero que las diferencias sociales se mantuvieron relativamente reducidas. *A las comunidades indígenas, aparentemente, les gusta dedicar un esfuerzo adicional con tal de hacer fiestas.* Que ello implique que alguien las controlara en su propio beneficio, está por verse (p. 211).⁶

Pese al interés desplegado en torno a la creación de suelos negros en la Amazonia, su relación con procesos de agricultura, propiamente dichos, no ha sido reconocida. Fechados entre los 3.000 y 2.000 años, y asociados a la construcción de montículos, caminos, canales y espacios ceremoniales, en la actualidad se discute si en realidad se trata de suelos transportados o productos de la acumulación de desechos orgánicos, resultado de las actividades domésticas. Las razones de ello se exponen en el libro con una lógica ¿inversa?:

La mayor parte de las sociedades indígenas del Nuevo Mundo no pudieron mantener la fertilidad del suelo aportando excremento de animales domesticados, como sí fue posible en el Viejo Mundo. Una excepción muy conocida es el uso de excrementos de ave por parte de los incas para hacer más productivas sus parcelas. No obstante, igual se las ingeniaron para modificar los suelos y hacerlos producir (p. 212).

Falta corroborar si sucedió lo mismo en la Amazonia colombiana. El Amazonas ha recibido una merecida atención en lo que corresponde a este tema, pero es obvio que existen procesos parecidos en otras partes del país. *Quizá en todas aquellas donde la gente era agricultora y botaba basura* (pp. 217-218).⁷

Al analizar la existencia de “Las primeras aldeas” (pp. 218-224), la conclusión es similar: aquí, a diferencia del “viejo mundo”, tampoco se presentan evidencias a partir de las cuales constatar un “cambio que se considere coherente con la intensificación de la producción” (p. 219). Aunque existen distintos lugares en el país en donde se han reportado las existencias de *aldeas*, los análisis estadísticos usados por el autor demuestran que no fueron importantes, incluso en donde las evidencias inducen a pensarlo: las estatuas de San Agustín y las obras de infraestructura asociadas a ellas.

Citando datos recientes ofrecidos por distintos autores, Langebaek muestra cómo el cruce de las variables “número de fragmentos cerámicos (tiestos) diferenciados por tipos” y “*área de dispersión*” permite definir la ubicación de *unidades habitacionales* durante los periodos históricos definidos como Formativo 1, 2 y 3, Clásico Regional y Reciente, con una cronología de 3.000 años hasta la

6 La cursiva es mía.

7 La cursiva es mía.

llegada de los españoles. Los resultados son concluyentes: hay una continuidad en los estilos cerámicos y un aumento anual de crecimiento poblacional de menos de 2,5 cada 1.000 por año. La extensión de las áreas sobre las que se hacen los análisis varía entre 335 y 1.818 hectáreas; las aldeas habrían pasado de estar conformadas por 36, 186, 228, 450 y 588 individuos respectivamente.

Análisis similares se han realizado en “comunidades” muiscas, cuyo máximo de población en 14,4 hectáreas habría sido de 370 habitantes, repartidos en 21 unidades habitacionales. La conclusión se anunció desde el principio: las cifras “no corresponden a densas concentraciones de población donde las viviendas estuvieran muy cerca las unas de las otras” (p. 220).

Llama la atención el apartado dedicado a “El tema de las migraciones” (pp. 225-233), donde el autor aclara que el asunto le interesa por “su supuesta relación con la intensificación de la agricultura” (p. 225), y lo ilustra con un mapa en el que se señala la “Distribución de familias lingüísticas en el norte de Suramérica: chibcha, arawak y carib” (p. 226). Luego de sintetizar gran cantidad de información sobre las hipótesis y los debates actuales, considera necesario agregar: “De nuevo, me ratifico en que la dispersión de grandes familias lingüísticas en el trópico suramericano no se puede comparar con lo que ocurrió en el Viejo Mundo. El multiculturalismo, por supuesto, es más que lengua” (p. 232).

El interés de Langebaek por *la relación* entre “Humanos y animales” (pp. 233-268) se visibiliza con claridad en *más de 279* ocasiones en que usa palabras para referirse a animales (114 veces se refiere a mastodontes; 102 a perros; 23 a curíes; 18 a caballos; 16 a megafauna; 12 a fauna, y 27 a moluscos, peces, pescado y pescadores, etc., etc.). Este interés es visible en la mención de la crueldad que implica matarlos para comerlos y en la responsabilidad de este acto frente a su extinción. Por lo demás, en Colombia no se conocen evidencias de procesos de domesticación, ni siquiera del curí, asociado a la dieta humana desde hace 13.000 años, y a la llegada de los españoles parecían apenas “animales de compañía”. Las razones se presentan como evidentes:

En el trópico, la mayor parte de los animales son pequeños, tienen hábitos nocturnos, raramente viven en manadas y no son propensos a vivir en cautiverio; por esta razón, la historia de la domesticación de animales en el Nuevo Mundo se limita a la llama, la alpaca, el pavo, una especie de pato y el curí. De todos ellos, solo el último fue importante en el norte de Suramérica (p. 235).

Para entender la relación entre humanos y animales [...] antes de la Conquista, se debe empezar por recordar que, en contraste con el Viejo Mundo, los animales domesticados fueron pocos, y desempeñaron un papel relativamente secundario, tanto en términos de dieta como simbólicos [...] las relaciones entre humanos y animales se pensaron fundamentalmente, desde la perspectiva del cazador, no desde la óptica del pastor o del ganadero [...] Antes de proseguir, quiero aclarar que los indígenas emprendieron procesos de domesticación de ciertas especies, pero el resultado fue precario (p. 254).

Bajo los títulos de “La enfermedad” (pp. 260-268) y “La violencia” (pp. 269-285), el autor presenta los resultados de investigaciones muy recientes sobre muestras de ADN e identificación de isótopos. En lo que respecta a la enfermedad, la conclusión es que no hay suficientes datos y no se puede generalizar ni establecer relaciones directas con la agricultura. La carencia de datos sobre la violencia es aún mayor. Sin embargo, considera necesario introducir el contrapunto:

En Europa sucedió todo lo contrario desde hace por lo menos 3.500 años, cuando durante la llamada Edad de Bronce se desarrolló una tecnología de combate, combinación eficiente del uso del caballo y el metal. Nada pone mejor en evidencia que las revoluciones tecnológicas asociadas con la guerra, tan comunes en el Viejo Mundo, no existieron en el trópico suramericano. Eso nos dice algo del significado del conflicto entre los indígenas, pero ¿qué exactamente? (p. 268).

Aunque la pregunta queda planteada, Langebaek encuentra evidencias en una pintura realizada en una de las paredes de los tepuyes de la Serranía del Chiribiquete: dos grupos se enfrentan con lanzas —uno mucho mayor que el otro—, hay varias lanzas en el suelo, y el autor anota que son las mismas que encontraron los españoles. Al buscar evidencias de una diferencia jerárquica y desigual entre “Mujeres y hombres” (pp. 285-305) tampoco se encuentran datos. El número y el tipo de representaciones, la forma de los enterramientos y lo que comen no indican “La diferenciación social” (pp. 307-417), y esto lo obliga a analizar el tema con mayor detalle.

El autor insiste en analizar la racionalidad de los hallazgos y las cifras derivadas de recientes estudios realizados en “El Alto Magdalena: San Agustín y Tierradentro” (p. 319); en sitios y casos tan representativos como “Calima” (p. 326); “El caso de Malagana” (p. 332); “Los taironas” (p. 337); “La Guajira, ¿ejemplo de un desastre ambiental?” (p. 347), y “Los muiscas” (p. 349). Las conclusiones son las mismas: por donde se mire, los indicadores de diferenciación (evolución) social no son claros, lógicamente ello obliga a la pregunta: “Al fin y al cabo, ¿de qué estamos hablando?” (p. 361). Los subtítulos sintetizan las contradicciones y las dificultades que afronta el investigador: “La esquiva riqueza de los indios ricos” (p. 378) y “Valor, mercancías y poder: ¿qué se acumulaba?” (p. 386).

No deja de ser escandaloso que, como en tiempos prehispánicos, los muiscas entregaron el oro a los españoles como si fueran ofrendas. Todo indica que objetos únicos y exquisitos fueron hechos solo para ser enterrados en Calima y Malagana. Entre los taironas, las máscaras se consideran cargadas de un poder de transformación tan enorme como circunscrito a reglas, a sitios y a relaciones precisas, en cualquier caso, no son objetos de acumulación o de intercambio. La importancia de las cuentas de concha, llamadas *wampum* en Norteamérica o *quiripa* en los llanos orientales de Suramérica, fue interpretada por los europeos como moneda, y así la utilizaron para hacer tratos con los indígenas. Sin embargo, la gran cantidad de significados, los

contextos arqueológicos en los que se encuentran y los testimonios de los indígenas sobrevivientes excluyen equivalencias comerciales.

El libro cierra con un Glosario de plantas y de animales mencionados (pp. 419-422) y con una “Bibliografía selecta” (pp. 423-436), escogida con criterios difíciles de discernir, y se completa mediante un código QR, en el que se presenta la “Bibliografía con todos los textos consultados para la escritura del libro”: con un total de 514 referencias bibliográficas, a las que habría que agregar al menos una docena de investigaciones en curso con fechas hasta 2021. A las 49 páginas ilustradas con mapas y fotografías se añade un cuadernillo de 15 páginas a todo color en la versión impresa, y con ilustraciones de Andrés Eduardo Chaparro se presentan “Algunos animales extintos en el norte de Suramérica”, “Algunos ejemplares de fauna a la llegada de los españoles” y “Algunas plantas aprovechadas en el norte de Suramérica”.

Música de fondo

Al final de tan intenso recorrido son inevitables las preguntas: *¿Cómo cerrar esta reseña? ¿Qué más decir? ¿A quién?*

Un genuino interés por entender formas radicalmente distintas de vivir, de pensar y de interpretar el mundo por fuera de las fronteras de las tradiciones judeo-cristianas guió el trabajo de grandes figuras de la antropología, de la filología y de la historia, justamente reconocidas a nivel mundial y nacional; sin embargo, la traducción de las lenguas “nativas” al alemán, al inglés, al francés, al español, al italiano, etc., exige metáforas e interpretaciones que, ¿inevitablemente?, domestican, adaptan y transforman esa radicalidad de la que se quiere dar cuenta. La forma en que se divulga y se usa ese conocimiento, la más de las veces no solo excluye a los “primitivos”, a los “salvajes”, a los “indios”, sino también a los investigadores; bajo el efecto del teléfono roto se vuelve de dominio público, se reinterpreta; exponencialmente se vuelve incontrolable y para solucionar el caos aparecen las figuras de autoridad, y, sin duda, el autor de *Antes de Colombia* se inscribe como tal.

En *Antes de Colombia*, las propuestas teóricas de Reichel-Dolmatoff, que sin duda retoman las ideas de Gordon Childe (1892-1957) sobre la evolución social de la humanidad, desde el paleolítico hasta llegar a la civilización, y que aquí se habrían diferenciado en etapas de desarrollo tecnológico y político, que se suceden desde los *paleoindios* (cazadores recolectores), pasando por un periodo *formativo* y unos desarrollos regionales que, aquí en solo dos casos, dan como resultado la entronización de caciques que gobiernan *estados incipientes*, son tácita y expresamente rechazadas, lo que no resulta evidente es el aporte teórico que ello agrega al entendimiento histórico o disciplinar que propone Langebaek.

En términos evolucionistas, la historia se convierte en destino, en derivas genéticas posibles de identificar, de certificar y de publicitar como plenamente científicas. Así es entendible la forma en que se divulgó el hecho de que los nukak

fueron *descubiertos* por los arqueólogos a finales siglo xx, y que se interprete como una anacrónica y machacona cantinela la reivindicación por antiguos territorios, o que hoy, en “masa”, grupos desplazados de la “selva” pidan limosna en los más grandes centros urbanos, y quién lo dijera, que el castellano no sea su lengua materna ¡¿Cómo entenderlos?!

Queda por abordar la primera gran afirmación: “Hay dos cosas de las que no puede escapar la arqueología: la teoría y la política” (p. 20). La palabra *teoría* se menciona apenas 9 veces —separada de *interpretación* o de *ciencia*—. La palabra *política* aparece 22 veces, la mayoría de ellas asociada a las nociones indígenas de *vida, actividad, motivación, unidad y relaciones sociales*; en contextos de análisis evolucionista se asocia a las nociones de *organización, jerarquización, centralización, intolerancia, violencia y neutralidad*, sin ningún tipo de asociación —tácita o expresa— a las decisiones, acciones y consecuencias que tiene sobre las personas la realidad históricamente determinada. De lo que no tengo duda es de que la dimensión *ética* y política incluye la escritura de libros o de reseñas, sobre todo si con ellos se pretende informar, divulgar o crear opinión entre el “público” de un país como Colombia.

A mis estudiantes les recomiendo que oigan las presentaciones que se han hecho del libro, donde el autor expone oralmente información que al escribir omitió, ¿para no agotar al lector?, ¿por considerarla por todos conocida? En cualquier caso, al hablar, remite a contextos culturales que pudieran interesar, si no a quienes se dedican a lo que hoy —a fuerza de Ley— se considera arqueología, sí a quienes se interesen por la antropología o la historia.

Referencias bibliográficas

- Burke, Kenneth (2014). *Retórica de la religión. Estudios de logología*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Langebaek, Carl Henrik (1987). *Mercados, poblamientos e integración étnica entre los Muisca*. Siglo xvi. Banco de la República, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik (1992). *Noticias de caciques muy mayores: Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y el norte de Venezuela*. Editorial Universidad de Antioquia y Ediciones Uniandes, Santafé de Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik (2003). *Arqueología de Colombia. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Imprenta Nacional, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik (2005). “De los Alpes a las selvas y montañas de Colombia: el legado de Gerardo Reichel-Dolmatoff”. En: *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. Bogotá, N.º 1, pp. 139-171.
- Langebaek, Carl Henrik (2010). “El indio ecológico en Colombia. Causas y consecuencias de una idea en el pensamiento de izquierda”. En: Natri, Javier y Menezes, Lucio (eds.). *Historias de la Arqueología Sudamericana*. Fundación de Historia Natural “Félix de Azara”, Buenos Aires, pp. 167-189.

- Langebaek, Carl Henrik (2017). “Gerardo Reichel, a la luz de su obra. Invención del indigenismo y ecologismo en Colombia”. En: *Revista Antípoda*. Bogotá, N.o 27, pp. 17-34.
- Langebaek, Carl Henrik (2019). *Los muisca. La historia milenaria de un pueblo chibcha*. Debate, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik (2021). *Antes de Colombia*. Debate, Bogotá.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1978). “Colombia indígena-período prehispánico”. En: *Manual de Historia de Colombia*, vol. 1. Circulo de Lectores, Bogotá, pp. 33-224.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo ([1986] 2016). *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Ministerio de Cultura-Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.



DEPARTAMENTO
DE ANTROPOLOGÍA

